

FAMILIA: FORTALECIENDO VÍNCULOS

Autora: Lic. María Inés Mathot y Rebolé.

Docente en la Universidad de la Cuenca del Plata.

Introducción

La familia es una agrupación humana que ha cambiado de forma, ha ido mutando, a través del tiempo y de las culturas (Sanchez, 2008). En nuestro país llamamos tradicionalmente familia nuclear a la pareja heterosexual que ha tenido hijos. En esta conformación se resalta la importancia del vínculo de sangre y las jerarquías internas (con roles diferenciados). Sin embargo es claro que esta conformación está en conflicto y que actualmente hay muchas otras agrupaciones humanas que exigen ser reconocidas como familias. Algunas de ellas han existido siempre, como las familias monoparentales, o familias expandidas. Sin embargo hay otras como las parejas homosexuales o el caso de las familias subrogantes, posibilitadas gracias al desarrollo de la ciencia, como la inseminación artificial, fecundación in vitro, vientre subrogado, críoconservación y/o donación de óvulos y esperma, cirugía de cambio de sexo, para mencionar algunas intervenciones. También por su lado la legislación en nuestro país ha avanzado en leyes como la ley de divorcio, la de matrimonio igualitario, de identidad de género y de embarazo médicamente asistido, entre otras. Es decir, la biotecnología y detrás de ella la ley, han abierto una serie de opciones que posibilitaron que aquellas personas que no se sentían incluidas en los modelos previos, puedan por fin expresarse, hacer visible su situación y cambiar sus circunstancias.

Entonces ¿qué es una familia? Puede resultar interesante pensar que estas agrupaciones humanas busquen denominarse familia ¿por qué? ¿Qué importancia tiene la palabra? De hecho el término deriva del latín “famulus” que significa siervo o esclavo, resaltando la visión desde un modelo patriarcal donde las personas son un “patrimonio”, es decir, pertenecen al padre (pater familias). Sin embargo a lo largo de la historia la palabra familia ha cobrado un peso propio. La familia es el espacio de relaciones al cual llegamos (desde antes de nacer) y del cual quisiéramos despedirnos en el momento de la muerte. La familia tiene un fuerte componente idealizado, donde existe una atmósfera de amor, contención, compañía y aceptación más allá de todo. La buena familia es el lugar donde seremos amados, curados, educados y preparados para el futuro. Es decir, el rol fundamental y propósito de la familia es la crianza de los niños, asegurar el provenir social, la trascendencia. También debería ser el lugar desde donde los ancianos partirán, rodeados en su lecho de muerte, de sus seres amados. Una mala familia será aquella que haga todo lo contrario, no cría a los niños y tampoco honra a sus ancianos. Si nos detenemos, estas pueden ser consideradas dos grandes tareas de la familia: cuidado y desarrollo en la infancia (para su inserción social) y atención de los mayores, todo esto en un marco afectivo.

Revisemos qué ocurre con estas tareas en la actualidad, para luego reflexionar acerca de las conformaciones familiares actuales y finalmente pensar algunas propuestas tendientes a fortalecer los vínculos familiares, en los formatos que éstos sucedan.

Cuidado y desarrollo de la infancia

Las familias tienen como tarea la llamada socialización primaria, que implica los cuidados y educación necesarios para la supervivencia de los niños y su posterior integración a la red social. Sin embargo pensemos en dos cuestiones.

La primera implica que las demandas del mercado laboral y la temprana institucionalización pueden ser fuertes obstáculos para la crianza. De forma cada vez más temprana los niños se integran a instituciones de cuidado extra familiar, como lo son los jardines maternos y guarderías comunitarias a los cuales se puede ingresar desde los 45 días de nacidos. También en la actualidad es obligatorio, al menos en algunas provincias de la Argentina, la escolarización desde los 3 años de edad. En el primer caso suele deberse a que los progenitores tienen que reintegrarse rápidamente a sus trabajos, sean en relación de dependencia, como trabajadores autónomos o trabajadores precarizados en ocupaciones no formales. Los varones tienen aún menos derechos que las mujeres a la hora de convertirse en padres, teniendo menos días de licencia en un período en que todos los miembros necesitan de cuidados especiales (considerando a aquellos que trabajan en blanco). Las redes familiares que en otros momentos suplieron a la madre tampoco están tan disponibles si tíos y/o abuelos también deben trabajar por el sustento.

La segunda cuestión es que cada vez, en nuestro país, se tienen menos hijos. Una forma de medir esto es la tasa global de fecundidad (TGF) que es “es el número de hijos que en promedio tendría una mujer de una cohorte hipotética de mujeres que durante su vida fértil tuvieran sus hijos de acuerdo a las tasas de fecundidad por edad del período en estudio y no estuvieran expuestas al riesgo de mortalidad desde el nacimiento hasta el término de su período fértil” (fuente: Situación y Evolución Social, síntesis N°4; INDEC). Los datos mostrarían que en un período aproximado de 140 años el promedio de hijos por mujer bajó de 6,8 a 2,37; y que además esta es una tendencia que se mantiene en baja.

Años	TGF (hijos/mujer)
1869	6,8
1895	7,0
1914	5,3
1947	3,2
1960	3,1
1970	3,1
1980	3,3
1991	2,9
2000-2005	2,4
2010	2,37

Tasa global de fecundidad, Argentina, fechas censales entre 1869 y 1991, quinquenio 2000-2005 y 2010. Fuente: Flores Cruz s.f. a

Esta no es una tendencia exclusiva en nuestro país, se está haciendo cada vez más frecuente que las parejas decidan tener menos hijos o no tenerlos en lo absoluto, más allá de que en otros sectores socioeconómicos este tipo de decisiones está

restringida. En el caso de aquellos que deciden no tenerlos los motivos pueden ser diversos: búsqueda del desarrollo personal, problemas económicos para sostener a los niños, cuestiones ideológicas o problemas de fertilidad, por mencionar algunos.

En la actualidad podríamos estar asistiendo a familias con pocos o ningún hijo, en algunos casos y con muchos en otros, pero con tendencia a cada vez menos. Y en el caso de tenerlos, también nos encontramos con madres y padres que tienen tiempos limitados para cuidarlos, debiendo recurrir a redes familiares o institucionales para suplirlos.

Atención a los mayores

Una segunda tarea de la familia sería la de atender y proteger a los adultos mayores. Complementariamente a esto, la expectativa de vida ha subido en nuestro país a lo largo de los años, tendencia que se mantiene en aumento.

Años/Edad	0-14	65 y más
1950	30,5	4,2
1975	29,2	7,6
2000	27,7	9,7

Porcentaje de población de 0-14 años y de 65 años y más. Argentina años 1950, 1975 y 2000. Fuente: Flores Cruz s.f. b

Así, los adultos mayores viven más años, dependiendo también de factores contextuales. Sin embargo con la esperanza de vida no necesariamente se asegura el bienestar. Se plantea que “una mayor precariedad en las condiciones generales de vida, medida mediante la proporción de personas en hogares con necesidades básicas insatisfechas, se asocia con esperanzas de vida menores” (Flores Cruz, s.f.:44). La familia, como así también las redes sociales son factores protectores. Aumenta así la esperanza de vida en centros urbanos con servicios y condiciones de vida más accesibles y en hogares con mejores ingresos económicos (Blaconá, & Andreozzi, 2016). Cuando la familia tiene menos recursos muchas veces el ingreso de la pensión o jubilación de los ancianos es un gran aporte para el sostenimiento económico mutuo.

Sin embargo en nuestro país son muchos los adultos mayores que viven solos. Según el censo 2010 las personas mayores de 60 años que viven solas ascienden al 18,8% de la población total, número mayor al 17,4% del censo anterior. Desde el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina (UCA), se asegura que “el 56,4% de las personas mayores que viven solas tiene entre 60 y 74 años, y por consiguiente el peso de quienes tienen 75 años y más es muy grande” (Amadasi &, 2016:8). Estudios indican que el nivel de depresión de las personas mayores de 65 años que viven solos es mayor que el de los que viven acompañados, (Losada & Strauch, 2014). Además los adultos entre 65 y 74 años son una fracción etaria que consume el suicidio y que entre los factores psicosociales que llevan a esta determinación están: la soledad y aislamiento afectivo, muerte de familiares y amigos, deterioro económico y pérdida de estatus, carencia de soporte institucional o familiar y el impacto psicológico del deterioro físico (Vidal, 1999).

Es decir, el cuidado de los adultos mayores no siempre es asumido por las familias y/o las instituciones. De allí la importancia que revisten las redes sociales de las cuales

pueden hacerse las personas: el sostenimiento afectivo que se da dentro de redes sociales es fundamental para la calidad de vida.

Familia más allá de la sangre

Flandrin y Galmarini (1979) hacen un recorrido por los significados de la palabra familia a lo largo del tiempo, para comprender a la familia moderna. Para los s. XVI y XVIII las definiciones de familia podían referir a la idea de parentesco sin cohabitación pero también a la residencia común sin lazos sanguíneos. Así expresan que, de las definiciones más antiguas de familia en lengua inglesa, en 1755 *family* corresponde a “los que viven en la misma casa” (Flandrin & Galmarini, 1979). Recién para el s. XIX se definen de forma inseparable las ideas de consanguinidad y coresidencia. Es decir, el concepto de familia es un producto socio cultural que se comprende según el momento histórico y geográfico en el cual se usa.

Luego de cierto tiempo de estabilidad se está asistiendo a un momento de ruptura que obliga a redefinir a la familia. Algunas de las nuevas configuraciones familiares, también llamadas posnucleares (Arias, 2004) contienen a las familias nucleares, extendidas, ensambladas, monoparentales, *lesbigay* (termino del inglés que define familias de progenitores gays, bisexuales y/o lesbianas) o familias polinucleares (poligamia). Además aparecen agrupaciones familiares sin nombre, como aquellas parejas que deciden no tener hijos, parejas con uno o ambos padres travestidos o con cambio de sexo, diferentes parentescos que viven juntos (hermanos sin padres, abuelos y nietos, por mencionar algunos), o agrupaciones por afinidad (como amigos que deciden convivir).

El Estado no es, ni puede estar, ajeno a la familia como institución. Ha sido objeto de su ocupación desde la asistencia (como la asignación familiar y la asignación universal por hijo), y también la redacción e implementación de leyes que regulan relaciones, obligaciones y derechos.

Algunas de estas configuraciones pugnan por lograr la posibilidad de tener y cuidar niños en su seno. Otros esgrimen su derecho a no procrear (o la no necesidad de hacerlo), pero sí la prerrogativa de unirse a otros por afecto y cuidarse mutuamente. Porque hay una tarea que se nos hace ineludible, en este momento, para las familias, y ella es el cuidado, protección y contención afectiva de sus miembros, más allá de quienes decidamos quiénes son ellos. Tal vez una definición posible de la familia actual sea la de: *dos o más personas que se definan a sí mismos como familia*. De lo que no hay duda es que estas conformaciones familiares claramente son capaces de afrontar una o ambas de las tareas arriba planteadas, como cualquier familia nuclear (que tampoco implica, *per se*, garantía de ser una “buena familia” ya que no es que infaliblemente ésta cumpla con sus roles socialmente asignados). Y tampoco se puede ignorar que aquello que genera daño psicológico no es el género o parentesco de los padres y madres, o la cantidad de miembros que la integran, si no la discriminación y segregación social de la cual las personas (sobre todo los niños y niñas) pueden ser víctimas (Arias, 2004).

Para fortalecer los vínculos

En la actualidad uno de los desafíos que convocan es la definición y redefinición de la familia y de sus vínculos. Lo es ahora, como lo ha sido en el pasado y lo será en el futuro. Las conformaciones familiares cambian y se adaptan según las dinámicas y necesidades de las épocas y las personas. Sin embargo hay algo que, al menos en esta era y en nuestro país, es importante: el sostenimiento material y emocional de las personas, sobre todo aquellas más vulnerables (niños y ancianos). En una sociedad donde el tiempo y el espacio se diluyen en la ilusión de un eterno presente, donde se pierde la referencia de la ideología y el compromiso para procrastinar, estas son algunas sugerencias para devolvernos los puntos cardinales.

Asegurar los derechos humanos de las personas: como el trabajo digno, la salud, la educación, la nutrición y el espacio de ocio. Esto permite que las personas no se encuentren atezadas por el miedo al futuro y bienestar de sus seres queridos y propios. La incertidumbre solo aumenta la violencia.

Fortalecer la identidad masculina desde lo afectivo: por lo cual el varón sea libre de amar y cuidar a sus seres queridos, desde la responsabilidad de los niños, la solidaridad doméstica, sin apelar a un modelo patriarcal.

Concientizar a la sociedad en el respeto a la diversidad: educar para el respeto, sabiendo que los roles de cuidado van más allá de las relaciones de sangre o de género. La discriminación es violencia psicológica y afectiva.

Reconocer y habilitarnos como grupo: en la sociedad no solo la familia es responsable de sus miembros, la sociedad toda en actitud solidaria y cooperativa es generadora de sus personas. La ilusión del individualismo egoísta hace perder de vista que los destinos de una sociedad están unidos solidariamente y que si el grupo es sano, está educado y se mantiene afectivamente, entonces la persona también lo estará.

Bibliografía

Amadasi, E., Tinoboras, C. (2016). Las personas mayores en la Argentina actual: ¿vivir solo es un factor de riesgo para la integración social?. [en línea] Serie del Bicentenario 2010-2016, año 2, boletín 3. Observatorio de la Deuda Social Argentina. Universidad Católica Argentina. Disponible en: http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo68/files/2016-Observatorio-Vivir_solo_es_un_factor_de_riesgo-Bolet-n N- 1.pdf

Arias, G. A. (2004). Diversidad familiar y homoparentalidad. *Revista pediatría de atención primaria*, 6(23), 361-365. Disponible en <http://www.pap.es/files/1116-368-pdf/381.pdf>

Blaconá, M. T., & Andreozzi, L. (2016). *Comparación de la mortalidad y la esperanza de vida de argentina y la ciudad de buenos aires*. Vigésimoprimeras Jornadas "Investigaciones en la Facultad" de Ciencias Económicas y Estadística. Universidad Nacional de Rosario.

Flandrin, J. L., & Galmarini, M. A. (1979). *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Crítica.

Flores Cruz, R (s.f. a) *El crecimiento de la población argentina*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires. Recuperado de <http://www.webiigg.sociales.uba.ar/pobmigra/archivos/ramiroflores/crecimiento.pdf>

Flores Cruz, R (s.f. b) *La mortalidad en la Argentina en el año 2001*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires. Recuperado de [http://webiigg.sociales.uba.ar/pobmigra/archivos/Ramiro Flores/Mortalidad2001.pdf](http://webiigg.sociales.uba.ar/pobmigra/archivos/Ramiro_Flores/Mortalidad2001.pdf)

INDEC s. f. Situación y Evolución Social (Síntesis N°4). Recuperado de http://www.indec.gob.ar/textos_glosario.asp?id=62

Losada, A. V., & Strauch, M. (2014). Síntomas depresivos en adultos mayores de 65 años. Influencia del vivir solo o acompañado. *Revista electrónica de Psicogerontología*, 1(1), 48-62.

Sánchez, C. (2008). La familia: concepto, cambios y nuevos modelos. *Revista La Revue du REDIF*, 2 (1), 15, 22.

Vidal, D. A. (1999). Factores de riesgo suicida en el anciano. *Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica*, 8(2), 103-112. Disponible en <http://www.alcmeon.com.ar/8/30/Vidal.htm>